

largo y penoso camino que separa Aups de Draguiñán. Arrambide, encargado de ocupar las alturas de Tourtour y defender los desfiladeros por que pasa el camino, había huido á la vista de los soldados. Así es que las tropas habían podido llegar á poca distancia de la población sin ser señaladas.

Lo imprevisto del ataque quitaba á la defensa sus mejores probabilidades de éxito. Sin embargo, los insurrectos hubieran podido batirse, pues su situación distaba mucho de ser desesperada. La partida, compuesta de unos 3.000 hombres, era tres veces más numerosa que la columna de ataque; estaba reunida en un solo punto y tenía la ventaja de ocupar una posición excelente, pues la explanada se hallaba situada á una altura que dominaba las praderas inmediatas. Por último, los grandes árboles de la plaza proporcionaban parapetos seguros, detrás de los cuales los insurrectos hubieran podido continuar durante mucho tiempo el tiroteo. Todas estas ventajas fueron inútiles. Tan pronto como divisaron las bayonetas, los facciosos empezaron á vacilar. Algunos hombres resueltos distribuyeron cartuchos y quisieron cargar las armas de los más inexpertos: nadie les escuchó. A los primeros tiros de la vanguardia regular, los insurrectos huyeron á la desbandada. Duteil, temiendo que le cortaran la retirada, llamó á los contingentes de Garde-Freyne y de Saint-Tropez, atravesó el pueblo, salió por la puerta de Aires, y después de cambiar algunos tiros con la tropa, ganó precipitadamente la montaña. Mientras tanto, los campesinos huían en todas direcciones, perseguidos por los gendarmes que habían acompañado á la columna y que, exasperados por el desarme de sus compañeros, no daban cuartel.

La batalla (si tal nombre puede darse á semejante desbandada) había concluido. En menos de media hora, hubo desaparecido el ejército socialista. La tropa contaba un hombre muerto y siete heridos. Los insurrectos perdieron unos treinta de los suyos durante la acción, y fueron acuchillados unos cincuenta más en la derrota. Un incidente dramático marcó el final de la lucha. Cuando los campesinos sublevados llegaron á Aups, los prisioneros que llevaban en rehenes eran ochenta y tres, entre propietarios, funcionarios públicos y gendarmes. La mayor parte de ellos habían sido depositados en el hotel Crouzet. Serían las diez de la mañana cuando oyeron el tiroteo. Una joven, la señorita Crouzet, entró y les dijo: «Son los soldados.—¿Qué soldados?—Los franceses.» La alegría de aquellos infelices fué inmensa. Pero les estaba reservada una terrible prueba antes de su liberación. Algunos de los socialistas, antes de huir, se habían reunido cerca del hotel disparando algunos tiros. Esta defensa hizo creer á los soldados que el hotel Crouzet era el cuartel general de los insurrectos, y la tropa acribilló de balas las ventanas del edificio. Los prisioneros se asomaron dándose á conocer. Pero los soldados, aturdidos, en la embriaguez del combate, no escucharon nada. Uno de los rehenes de Garde-Freyne cayó muerto. Otro prisionero, el Sr. Andeol de Laval, bajó á fin de disipar aquella mala inteligencia horrible: el infeliz fué acribillado á tiros y bayonetazos. Por último los gendarmes lograron darse á conocer, y cesó el fuego. Afortunadamente ninguna de las heridas del Sr. de Laval ponía en peligro su vida.

Con la derrota de Aups terminó la insurrección del Var. Los campesinos regresaron á sus aldeas. La mayor parte de los jefes, á ejemplo de Duteil, se refugiaron en el Piamonte. La represión fué desapiadada. Parece que aun después del combate varios individuos, comprometidos en la insurrección, fueron fusilados sin formación de causa. Creáronse columnas móviles que recorrieron pueblos y aldeas formando cuerdas de prisioneros, pues se prendía á todos los que eran denunciados por los gendarmes ó contra quienes se elevaba la menor sospecha. Ciertas aldeas fueron casi despobladas. Pocos días después, las fortalezas de Tolón se vieron atestadas de prisioneros. Más de mil seiscientas personas fueron internadas ó expulsadas.

A pesar de ser tan terribles, aquellas represiones parecían insuficientes á los ojos de los hombres de orden. El miedo había sido tan grande, que paralizaba hasta la piedad. Sin embargo, la insurrección, más ruidosa que malvada, no había cometido más que un asesinato, el del sargento Lambert, acuchillado en Cuers, y no era culpable de incendios, ni de violaciones, ni de saqueos á mano armada, ni de esos excesos abominables que en otras partes hemos visto.

Después de la derrota, Duteil escribió en el destierro un libro en que retrataba con más severidad que favor á los hombres que la casualidad había puesto bajo su mando. Los republicanos, á su vez, acusaron á Duteil de incapacidad, de cobardía y hasta de traición. Este debate nos importa poco. Sin embargo, queremos sacar de él una doble conclusión. Creemos que los soldados del ejército socialista tienen razón cuando se quejan de la debilidad de Duteil; pero creemos igualmente que tiene razón Duteil cuando habla de la debilidad de sus soldados.

VII

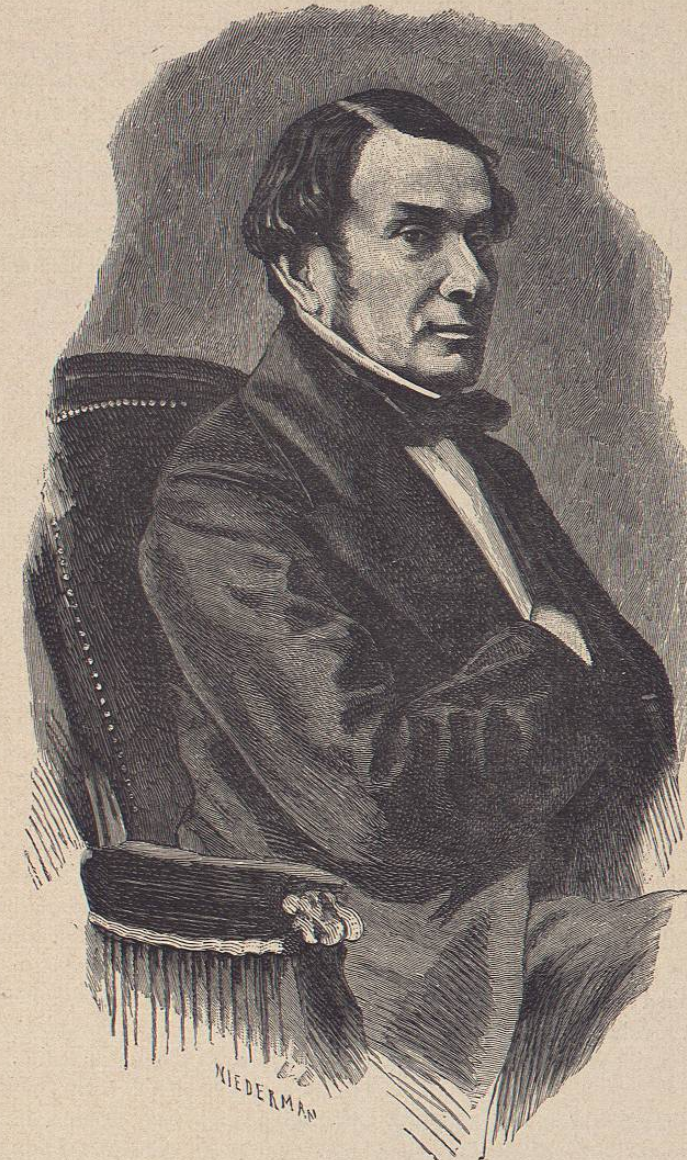
El departamento de los Bajos Alpes era uno de los más apartados de los grandes centros, el menos invadido por la industria y, en apariencia, el menos accesible á las agitaciones revolucionarias. Pero el carácter principal de la propaganda demagógica de 1849 á 1851, fué el favor que encontró hasta en las poblaciones rurales más remotas. En todo el valle del Durance y aun en las regiones montañosas el socialismo reclutó numerosos adeptos. Crédulos, ignorantes, soportando mal su pobreza, los campesinos se entregaron fácilmente al que les deslumbraba con la perspectiva de una repartición de tierras y la supresión de impuestos. En la misma burguesía, las ideas nuevas habían hecho algunos prosélitos. Longomazimo, ex obrero convertido en redactor del *Indépendant des Alpes*, fué durante mucho tiempo el instrumento más activo de los manejos radicales. En octubre de 1850 estuvo comprometido en el complot del Sudeste y preso; pero otros le reemplazaron aplicándose con igual celo á mantener el ardor democrático: entre estos agitadores se distinguían Aillaud (de Volx), Escoffier y sobre todo Buissón (de Manosque).

El distrito más agitado era el de Forcalquier, que encerraba el turbulento pueblo de Manosque: de aquí partió la señal de la insurrección.

El subprefecto de Forcalquier era entonces el señor Paillard, hombre joven todavía, adicto á la causa del

orden, valiente y listo. Testigo de la propaganda socialista, organizó una especie de guardia nacional secreta, procurando inspirar ánimo y confianza á las personas de bien. En la noche del 3 de diciembre recibió la noticia del golpe de Estado, y pocas horas después, otro parte le comunicó su nombramiento de subprefecto de Dunkerque. Hubiera podido partir para su nuevo destino, pero previendo trastornos y no queriendo huir

pias fuerzas, Paillard convocó en la subprefectura á los hombres de buena voluntad; á las nueve se encontraban allí reunidas unas treinta personas, sin contar los gendarmes. Como ningún ataque parecía inminente, no tardaron en separarse, prometiendo volverse á reunir luego. El subprefecto se quedó solo con el Sr. Paulmier. En aquel momento las bandas socialistas invadieron de pronto la ciudad.



M. Aquiles Fould

ante el peligro, se quedó. Empleó la noche del 3 al 4 y todo el día siguiente en arbitrar medios para evitar la sedición, ó al menos para contenerla, si no se podía evitar. Encontrándose allí de paso un destacamento de infantería, Paillard lo retuvo veinticuatro horas en Forcalquier, á fin de asegurar mientras tanto la tranquilidad pública. En la noche del 4 se le avisó confidencialmente que los jefes socialistas deliberaban en una casa de campo próxima al pueblo; dirigióse allí en seguida, acompañado del substituto del procurador de la República, Sr. Paulmier, y de un piquete de soldados; pero los cabecillas, á un grito de alarma, escaparon, y únicamente fué preso el dueño de la casa. El destacamento partió al amanecer del día siguiente. Entregado á sus pro-

A las once, una vanguardia de un centenar de hombres, seguida de cerca por una columna diez veces más numerosa, desembocó en la plaza de la subprefectura. Iban bien armados y parecían resueltos. A su frente se hallaban Escoffier y Buissón. Paillard había mandado atrancar rápidamente las puertas de su residencia, y se asomó al balcón vestido de uniforme. «La Constitución es violada, le gritó Escoffier; la insurrección es un deber para nosotros; vuestros poderes han concluido.—Os engañan, replicó Paillard; la República es mantenida; el presidente apela al pueblo.» Estas palabras fueron cubiertas por un vivo clamoreo. «Rendíos, vociferaron los más exaltados; resignad vuestros poderes.» Al mismo tiempo se apuntaron algunos fusiles como para hacer

fuego. «¡Tirad, si sois asesinos!» exclamó el subprefecto. A instancias de Buisson, se desviaron las armas, pero sin que se calmase la irritación. «El pueblo os manda bajar,» repetía Escoffier. Se disponían a derribar las puertas, y toda resistencia hubiera sido vana. «Vienen contra mí, dijo Paillard; voy a bajar.» Apenas había salido a la plaza, cuando varios hombres de Manosque, que llevaban por distintivo una escarapela encarnada, se le echaron encima, le insultaron, la emprendieron a sablazos con él, hasta que, gravemente herido de un bayonetazo, cayó al suelo sin sentido. Le recogieron y transportaron a la cárcel, donde no tardó en seguirle Paulmier, que también había caído en manos de los insurrectos (1).

En tales circunstancias la prisión era un favor, pues interponía una barrera entre los malhechores y las víctimas. Esta protección precaria fué pronto ineficaz. La cárcel fué asaltada. Uno de los insurrectos, llamado Godfroid, trató de evitar todo ultraje al subprefecto, pero sus esfuerzos fueron vanos. Los facciosos quisieron que el infeliz, cubierto de sangre, siguiese a pie la columna que se alejaba de la ciudad. Empeñábanse en poner esposas a los prisioneros; pero Paulmier, que corría igual suerte que Paillard, se indignaba, diciendo a sus verdugos que los fusilaran allí mismo.

El suplicio fué largo. Por fin, en el empalme del camino de Monasque, llegó Escoffier y dispuso que Paillard montase a caballo; pero viendo que el herido, exangüe, se desmayaba, lo depositó en una casa de campo. Algo más tarde, el valiente subprefecto, con la complicidad de Paulmier, del ingeniero de puentes y calzadas y de un oficial en uso de licencia, llamado Devaulz, logró escaparse y ganar Aviñón, donde había corrido ya la noticia de su muerte (2).

La insurrección debutó con estas vergonzosas escenas. De Forcalquier y Monasque ganó todo el valle del Durance. En todos los pueblos del llano y de parte de la montaña el levantamiento fué general. Únicamente escaparon a la sedición el distrito de Castellane y las aldeas perdidas en los grandes Alpes; y aún no escaparon enteramente. Barceloneta hizo su revolución; desarmó a los gendarmes, prendió a los principales funcionarios y estableció una junta revolucionaria.

Mientras se sublevaba casi todo el departamento, ¿qué ocurría en la capital?

La noticia del golpe de Estado produjo desde luego menos impresión en Digne que en los demás puntos: la población no era muy considerable; en cambio, los funcionarios eran numerosos y bastante influyentes; la guarnición, aunque compuesta de un simple depósito del 25.º ligero y mermado aún por la reciente partida de un destacamento, parecía suficiente para proteger la ciudad contra un golpe de mano. El abogado Carlos Cotte y algunos significados socialistas fueron presos, y se creyó que de este modo quedaba asegurado el orden. Esta seguridad duró poco. El día 5 faltaron los correos,

(1) Consejo de guerra de Marsella.—Insurrección de los Bajos Alpes. Declaración de Paillard (*Gazette des Tribunaux*, 1.º de mayo de 1852).

(2) Consejo de guerra de Marsella.—Insurrección de los Bajos Alpes. Declaración de Paulmier (*Gazette des Tribunaux*, 1.º de mayo 1852).—Parte del general D'Antist sobre los sucesos de los Bajos Alpes y de Vacluse.

y el día 6 sucedió lo mismo. Pronto circularon los rumores más siniestros: «Forcalquier, decían, se ha sublevado: el subprefecto ha sido asesinado; Manosque y Sisterón se hallan en poder de los insurrectos; todos los contingentes rurales van a echarse sobre la capital.» Con las noticias verdaderas se mezclaban como siempre las exageraciones inspiradas por el miedo. Decíase que París estaba revolucionado; que Lyon, Marsella y toda la región meridional ardían. Bajo impresiones tan desfavorables se depusieron los primeros rigores. Cotte y sus amigos fueron puestos en libertad. En la tarde del 6, el prefecto pasó revista a la guardia nacional y a las tropas. De las filas de la guardia nacional partieron gritos de «¡viva la Constitución!» Apenas se podía contar con la tropa, pues en una de las compañías las predicaciones socialistas habían sido favorablemente escuchadas, y las demás compañías se componían de reclutas. Todas las noticias del campo anunciaban como inminente la llegada de las partidas insurrectas. Considerándose incapaz de defender la población, la autoridad resolvió retirarse. En la noche del 6, el prefecto partió y se refugió en el fuerte de Seyne: el procurador de la República, muy comprometido, buscó por su parte un asilo en sitio seguro. En cuanto a los soldados del 25.º, se atrincheraron en su cuartel (3).

Contra todo lo que se esperaba, la noche del 6 al 7 fué tranquila. El estado de la ciudad era muy extraño. La autoridad regular la había abandonado: los insurrectos no habían parecido todavía. Hasta el día 7 por la mañana no llegó la primera partida; ésta se componía de quinientos ó seiscientos hombres procedentes de Riez, Mezel y otros pueblos de la comarca. No tardaron en llegar otras partidas mucho más numerosas y compuestas de gente de Monasque, Forcalquier, Mees y Oraison, formando un pequeño ejército de cuatro a cinco mil hombres. Entraron en la ciudad cantando la *Marsellesa* y con banderas rojas desplegadas. Invadieron la prefectura y la casa consistorial, ocuparon algunas casas y exigieron la entrega de víveres. En Digne, como en todas partes, la gendarmería fué desarmada, siendo presos algunos gendarmes. En cambio fueron puestos en libertad muchos presos de la cárcel, y en particular varios de los condenados por la Audiencia.

Sin embargo, Digne escapó a los excesos que casi en todas partes habían echado un baldón sobre la causa demagógica. Una vez dueños de la capital, los insurrectos trataron de constituirse en poder regular. Creóse una comisión gubernamental compuesta de Buisson, Escoffier, Carlos Cotte, Aillaud de Volx y otros. Concluyóse una especie de convenio entre los jefes socialistas y la autoridad militar: estipulóse que el cuartel no sería atacado y que por su parte las tropas permanecerían neutrales: los soldados eran más favorables que hostiles a los insurrectos: hay quien afirma que, desde las ventanas del cuartel, los zapadores gritaban a los paisanos: «¡Viva la social (4)!» Tomadas estas primeras medidas, la comisión organizó un municipio provisional, decretó la suspensión de los jueces de paz y prescribió la creación de un comité de resistencia en cada pueblo. Señalóse un sueldo de 2'50 francos por día a

(3) *Le Glaneur des Alpes*, números de los días 20 y 26 de diciembre de 1851.

(4) Notas y relaciones manuscritas.

los soldados del ejército insurreccional. Para cubrir estos gastos, los jefes demagógicos se incautaron de una suma de 15.000 francos en la recaudación de contribuciones y se apoderaron además de las cajas de correos, de la conservación de hipotecas y del depósito de tabacos; muchos empleados de estas administraciones lograron salvar parte de sus fondos pretextando recientes pagos. A fin de ocultar las malas noticias, las diligencias, a su llegada, eran escoltadas por hombres armados que las conducían hasta la prefectura. A estas medidas se añadió un decreto propio para popularizar la nueva administración. El comité anunció solemnemente la supresión del derecho de consumos, anuncio que determinó ruidosas manifestaciones de regocijo. El día 8, los campesinos socialistas quemaron en la *Pradera de la feria* los papeles y registros de las contribuciones indirectas. El número de insurrectos había aumentado considerablemente con la llegada de bandas procedentes de diversos puntos de la comarca; las fuerzas insurreccionales se elevaban entonces a unos diez mil hombres, alojados en casas particulares y llenando la ciudad de tumulto. A pesar de tan enorme aglomeración de gente armada, la población pacífica fué preservada de los últimos excesos.

Aquella extraña dominación tocaba a su fin. El día 8, a la caída de la tarde, un parte de Valensole anunció que un cuerpo de tropas había penetrado en los Bajos Alpes. La noticia era cierta. Llegaban de Marsella dos columnas: una al mando del coronel Sercey, que, en realidad, se hallaba aún lejos y no había de penetrar en el departamento hasta después de haber restablecido el orden en Brignoles y en Barjols (1); y la otra, mandada por el teniente coronel Parson, que subía ya por el valle del Durance.

La mayor parte de los miembros del comité insurreccional eran demasiado inteligentes para no comprender la inutilidad de la resistencia. Sin embargo, no se resignaron a una retirada sin combate. Aquella misma noche, los campesinos insurrectos, en número de unos cuantos miles, salieron de la ciudad cantando la *Marsellesa*: como ignoraban las malas noticias, manifestaban alguna confianza; aquellos batallones improvisados se dirigieron hacia Malijai y hacia Mees, pueblos situados en el camino de Marsella. No sólo querían defenderse, sino que pensaban tomar la ofensiva é iban al encuentro de las tropas de Luis Napoleón.

Aquella presuntuosa confianza duró poco. Digne dista unas cinco leguas de Malijai. El frío era intenso. Aquella larga y silenciosa marcha nocturna abatió los ánimos un instante exaltados. La mayoría se asustaban a la idea de una próxima batalla. Las deserciones empezaron, y fueron tan numerosas que los más exaltados organizaron una retaguardia a fin de impedir que sus compañeros abandonasen las filas. Durante las marchas de los días anteriores, un pobre campesino llamado Bizot, que quiso huir, fué fusilado en el acto por uno de los facciosos (2). Ni aun estos excesos podían retrasar el inevitable desenlace. El día 9, por la mañana, la columna socialista llegó a Malijai y avanzó luego hasta

(1) Parte del general Levaillant sobre los acontecimientos del Var.

(2) Consejo de guerra de Tolón.—Insurrección de los Bajos Alpes (*Gazette des Tribunaux*, 3 de septiembre de 1852).

Mees, donde cambió algunos tiros con la tropa, para operar su retirada hacia Digne, mientras el coronel Parson, que consideraba sus fuerzas demasiado escasas para atacar a la ciudad, retrocedía hasta el pueblo de Viñón a orillas del Verdón.

Aunque las tropas se hallaban todavía lejos de Digne, el resultado no era dudoso. Los partes interceptados atestiguaban el triunfo completo de Luis Napoleón. Iban a llegar fuerzas importantes no sólo de Marsella, sino que también de Aviñón y de Gap. Los contingentes rurales huían a la desbandada. Bajo tales impresiones, el comité insurreccional acordó cesar en la resistencia. Durante la noche del 9 al 10, los socialistas abandonaron la ciudad después de tres días de dominación. Los campesinos regresaron a sus pueblos y aldeas; los jefes se dirigieron hacia la montaña y se refugiaron en Italia. Aillaud de Volx fué el único que trató de sostenerse durante algunos días más. ¡Cosa extraña! La autoridad había evacuado Digne el día 6, antes de que entrasen en ella los socialistas, y éstos la abandonaron también mucho antes de que volviese a su puesto la autoridad regular. El 10 y el 11, la ciudad se halló sin administración. El día 12, el prefecto, acompañado de algunos destacamentos del 40.º de línea, tomó nuevamente posesión de la capital. El día 13, fuertes columnas de infantería, caballería y artillería ocuparon la ciudad. Pronto quedó pacificado todo el departamento. Lo mismo sucedió en el distrito de Apt, vecino del de Forcalquier y donde se había propagado el levantamiento. Declaróse el estado de sitio y empezaron las represiones. Estas fueron rigurosas, tan rigurosas, que excedieron a los deseos de la gente de orden y despertaron, según se dijo, algún interés en favor de las víctimas.

VIII

Tales fueron, en las regiones del Centro y del Mediodía, las agitaciones que siguieron al acto del 2 de diciembre. En París se tuvo noticia sucesivamente de las insurrecciones de provincias. Cada día *El Monitor* anunciaba la declaración de varios departamentos en estado de sitio. Las correspondencias de los países sublevados llegaron pronto llenas de detalles lúgubres ó atroces. Los periódicos oficiosos (los únicos que tenían entonces la palabra) se apresuraron a publicar aquellas reseñas, dando preferencia a las exageradas por el miedo ó por el espíritu de partido, como si la realidad no hubiese sido bastante dolorosa. A las acusaciones que no carecían de fundamento se añadían acusaciones imaginarias. No había crimen que no se atribuyese a los socialistas.

Se concibe el efecto producido por tan siniestras noticias. Bajo el imperio del miedo, la opinión pública, al principio reservada, casi hostil, se inclinó hacia el presidente. «He aquí lo que 1852 nos reservaba y que la iniciativa de Luis Napoleón nos ha evitado,» decían los amigos del orden. La demagogia, que ya había favorecido tantas veces al príncipe, le prestó el servicio supremo de justificar casi el golpe de Estado con sus propios excesos. Los más hostiles se callaron y los menos desfavorables se adhirieron a la causa del presidente. No fué adhesión calurosa, ni verdadera aprobación; fué simple

resignación, satisfacción de la paz reconquistada y sobre todo seguridad para lo futuro.

Así garantido contra la mala voluntad de la burguesía, Luis Napoleón apeló á todos los medios posibles para asegurar el éxito definitivo de su empresa. Había un partido del cual nada podía esperarse; éste era el partido demagógico, ó por mejor decir, el partido republicano entero. A éste le persiguió sin piedad. Un decreto de 8 de diciembre autorizó la deportación á Argelia ó á Cayena, como medida de seguridad general, de todo individuo que hubiese formado parte de las sociedades secretas y cuya presencia en el suelo francés fuese peligrosa para el orden público. Una circular del ministro del Interior á los prefectos les encargó que indicasen sin demora todos los funcionarios hostiles ó sospechosos. En París, las legiones 5.^a y 6.^a fueron disueltas: diéronse órdenes para que en los departamentos los guardias nacionales fuesen vigilados y para que los fusiles se tuviesen guardados en sitio seguro. En París y en provincias se habían operado numerosas prisiones; de los presos políticos, unos fueron enviados ante los consejos de guerra instituidos en virtud del estado de sitio, ó ante las jurisdicciones de derecho común, y otros fueron puestos en libertad; muchos fueron juzgados por las comisiones mixtas, especie de tribunales, semi militares, semi judiciales, que se establecieron á últimos de diciembre, y que estatúan sin debates contradictorios y fuera de todos los procedimientos ordinarios. Faltaba determinar la suerte de los representantes presos. Los de la derecha habían sido puestos casi todos en libertad el 3 de diciembre: once orleanistas fueron más tarde momentáneamente desterrados: entre ellos figuraban Thiers, Rémusat y los generales Changarnier, Bedeau, Le Fló y Lamoricière. De los representantes republicanos seis fueron temporalmente desterrados, sesenta y seis expulsados de Francia, y cinco designados para la deportación; pero esta sentencia fué conmutada por otra de destierro: un solo diputado, el representante Miot, fué deportado á Argelia (1).

Tomadas estas medidas de rigor, Luis Napoleón procuró conquistar para siempre las dos fuerzas que habían de consolidar su dominación; es decir, el ejército y el pueblo.

Desde luego el ejército. Decretóse que los combates librados para el restablecimiento del orden, así en París como en provincias, se contasen como servicios en campaña. El príncipe visitó en los hospitales á los soldados heridos, les prodigó consuelos, les concedió cruces y les prometió socorros. Los gendarmes que se habían distinguido en los disturbios civiles por su firmeza contra los socialistas fueron objeto de solícitas atenciones. Los generales Harispe y Vaillant fueron ascendidos á mariscales. A los jefes del ejército de París les fueron prodigadas las distinciones de toda clase con una liberalidad inaudita hasta entonces, y distribuyéronse socorros á los antiguos militares del Imperio. Los decretos de 28 de abril y 3 de mayo de 1848, que habían reducido el número de divisiones militares y el cuerpo del Estado mayor general, fueron revocados. Obrando así,

(1) Estas decisiones relativas á los antiguos representantes no fueron tomadas hasta el 9 de enero de 1852; pero hemos creído que debíamos mencionárselas aquí, porque se las puede considerar como la consecuencia inmediata del golpe de Estado.

Luis Napoleón no solamente pagaba una deuda de gratitud, sino que se amoldaba también á las tradiciones de su raza. Heredero del Emperador, procuraba imitarlo, y aunque nunca había hecho la guerra, le gustaba rodearse de un cortejo de generales que le debieran la fortuna y fuesen más tarde el ornamento de su trono.

Después del ejército, el pueblo ocupó el primer lugar en las preocupaciones del príncipe. Para atraerlo al nuevo régimen, se procuró mantener el equívoco que había facilitado el golpe de Estado. Restablecido el sufragio universal, iba á ser consultada la nación y obedecido su mandato. ¿Qué importaban una Constitución vana y una Asamblea desacreditada? Los únicos vencidos de la última crisis eran los parlamentarios indiferentes á la suerte de las masas, ó los anarquistas que especulaban sobre las miserias populares. Así se expresaban los periódicos oficiosos. Al mismo tiempo empezaron á anunciar grandes empresas de utilidad pública, destinadas á acrecentar la riqueza general, y á pronosticar una larga era de paz que ayudaría á la reanudación del trabajo y permitiría el aumento de los salarios. Ponderaron la solicitud del príncipe por las clases laboriosas. A las estériles declamaciones de los socialistas y á las competiciones del parlamentarismo opusieron la fecunda influencia de un poder cuya libre iniciativa no se vería entorpecida por nada y que atendería más á la acción que á la palabra. Las masas obreras, tantas veces engañadas por los demagogos, escuchaban con complacencia este lenguaje nuevo y se acostumbraban á la idea de una dictadura que satisficiera los intereses sin menoscabo de la igualdad.

En rigor, el ejército y el pueblo bastan para fundar un gobierno. Aparte de esta fuerza material, era natural que Luis Napoleón buscara alguna fuerza moral propia para acrecentar su prestigio y acendrar su éxito. Los liberales quedaban demasiado maltrechos de su caída reciente para esperar conquistarlos. Las clases inteligentes é instruidas negaban ó regateaban su adhesión. Las clases elevadas asistían con una curiosidad más irónica que benévola á la experiencia del nuevo régimen. En tal penuria, Luis Napoleón apeló al clero. Dos actos significativos marcaron su resolución de atraérselo. El 6 de diciembre, un decreto devolvió el Panteón al culto católico. El 15, una circular de Morny recomendó á los prefectos que, para las empresas de obras públicas, velasen por el descanso dominical. Los obispos, que no deseaban más que dejarse conquistar, acogieron con visible satisfacción aquellas muestras de favor. La mayor parte de ellos se adhirió al nuevo régimen. En algunos esta adhesión fué tan calurosa que causó sorpresa. Semejante ardor era á la vez poco político y poco generoso: poco político, porque el carácter del príncipe no dejaba entrever más que una protección caprichosa y precaria; poco generoso, porque la Asamblea legislativa que acababa de ser disuelta se había mostrado más celosa que ninguna otra Asamblea por la religión y la sociedad. El mismo Montalembert aconsejó á sus amigos que se adhiriesen á Luis Napoleón.

En esto llegó el 20 de diciembre, día del plebiscito. Primeramente, un decreto había decidido que la votación se efectuaría por medio de registros abiertos. Como este sistema fué vivamente criticado, un nuevo decreto estableció el escrutinio secreto. Cualquiera que fuese el

procedimiento adoptado, el resultado era seguro. Luis Napoleón tenía de su parte el ejército, las masas rurales y parte de la población obrera; la burguesía estaba demasiado asustada para separarse de él; en fin, por medio del clero, ganaba los católicos y la parte más moderada del partido legitimista. Sabido es que los términos del plebiscito eran los siguientes: *El pueblo quiere el mantenimiento de la autoridad de Luis Napoleón Bonaparte y delega en él los poderes necesarios para establecer una Constitución sobre las bases propuestas en su proclama del 2 de diciembre*. El escrutinio general dió 7.439.216 votos afirmativos y 640.737 votos negativos. En este resultado no se hallaba comprendido el departamento de los Bajos Alpes, donde el escrutinio tuvo que aplazarse hasta el 28 de diciembre. Las regiones del Centro y del Mediodía no se mostraron menos celosas que las demás en votar por el presidente, ya porque el miedo paralizase la hostilidad, ya porque el horror de los crímenes recientes hubiese asustado á las personas honradas.

El 31 de diciembre, á las ocho y media de la noche, la comisión consultiva, encargada de examinar las ac-

tas electorales, fué al Elíseo y entregó solemnemente al príncipe una copia de su dictamen. En términos algo enfáticos, el Sr. Baroche, presidente de la comisión, celebró el golpe de Estado, ensalzó la imponente manifestación del sufragio universal que había consagrado la obra del 2 de diciembre y condenó con insistencia los criminales atentados que habían deshonrado á ciertos departamentos. Luis Napoleón contestó con uno de aquellos discursos patéticos en que se distinguía y á los cuales no siempre respondían sus actos. Confesó que había salido de la legalidad, pero que lo hizo «para entrar en el derecho.»

Al día siguiente, 1.^o de enero, el príncipe fué á la catedral, donde se cantó un *Tedum* en acción de gracias á la Providencia y para pedir la bendición de Dios para el nuevo poder. El presidente abandonó luego el Elíseo y se instaló en el palacio de las Tullerías. Por medio de un decreto se restableció el águila en las banderas. La efigie de Luis Napoleón fué grabada en la moneda como en tiempo del Consulado. La predicción de Thiers se realizaba: *El Imperio era un hecho*. Ya no faltaba más que proclamarlo.